

La casa de Pablo Neruda.

Autor: Bella

El sonido del autobús deteniéndose frente a la casa
convertida ahora en museo sobre el famoso poeta Pablo

Neruda, aquella casona bien conservada qué contaba las
memorias del escritor que se entregaba a las aguas
turbulentas de isla negra como fuente de inspiración.

Una historia a su parecer insípida, ya que para el este
recorrido estudiantil no era más que un escape mundano de
sus problemas, ni siquiera gustaba de la literatura más haya
de algún que otro cómic que constaría con humor básico.

El grito de su profesora de lenguaje lo saco de sus
pensamientos, el se estaba alejando del grupo si darse
cuenta —¡Timothye Pazzo! — llamo en voz alta la maestra —.

El chico simplemente se acercó y alzó la mano para que lo
vieran.

En pocos minutos después ya estaba caminando entre la
multitud de sus compañeros, viendo cada exposición y
oyendo la historia que daba el guía al mando de su grupo.

Entre los cuadros con escritos hacia la musa de Neruda

Matilde Urrutia, el no encontró belleza más bien fue
confusión, el pelo color bordo que se retrataba en la imagen,
eso ojos dóciles y amables que parecía tener la fallecida, le
recordaba con un escalofrío a su madre que si bien no era tan
vieja tenía el mismo aire que el del retrato, con la excepción
de que su progenitora era todo menos dulce y amable con su

persona.

El salió de su mente abatida y camino por los pasillos hasta

llegar a la otra instalación donde se encontraban sus compañeros, al entrar podía escuchar algunos murmullos

mal intencionados sobre sus fachas y cuerpo, nunca fue

popular, todos siempre hablaban a sus espaldas de su cuerpo

delgado y huesudo cuál huérfano, su ropaje desgastado con

la chaqueta de la institución educativa a la que pertenecía

estaba desteñida e holgada, todo porque su madre se negó a

darle o comprarle ropa, ya que para ella el no era más que un

estorbo.

No se percató cuando quedo al centro de la muchedumbre,

alejado de todos sus compañeros que lo miraban curiosos,

asqueados y con pena algunos pocos, su memorias estaban

fragmentadas en recuerdos oscuros, las lágrimas que

brotaban por sus mejillas se sentían como el agua que

azotaba su cara cuando su madre se introducía al baño e

intentaba ahogarlo en la bañera, su temblor solo demostraba

el miedo que había sentido antes en cuanto veía que le

patearían el abdomen hasta que vomitara la sangre de sus

venas solamente para expulsar el ADN maldito de sus padres.

Sintió la mano de su profesora en su hombro, allí supo lo que

debía hacer.

Corrió tan fuerte qué sus piernas flácidas se ponían tensas,

entre los pasillos del santuario poético llegó justo al frente

del cuadro donde vio a la tercera esposa de Neruda, se sentó

en el suelo bajo una mesa con su mano en el pecho

intentando calmar su corazón acelerado.

De pronto las capas de pintura de la pared se empezaron a

ensanchar y alargarse hacía el, logrando que desde la obra saliera la figura un poco grotesca de Matilde Urrutia, que se

agacha a su altura observándolo con una empatía

indescriptible.

Entonces volvió a la realidad con la mirada decepcionada de

su psiquiatra.

—Por lo que veo no sientes ningún arrepentimiento— dijo con

pesadez el doctor mientras suelta un suspiro —.

— Como mínimo cierra el libro, ¡ten una pizca de respeto

por tu patrimonio! — exclama en reproche a Timothy —

El chico parecía una víctima pero era imposible

defenderle luego de que rompiera ah arañazos la imagen

de la amada del poeta muerto, mucho menos si cuando

lo atraparon se excuso diciendo que la había visto salir

de la pintura. Cosas que lo llevaron a terminar internado

como otro de los jóvenes injustamente juzgados por

fantasmas que les vinieron a dar un mensaje o poseerlos

en este caso.

El joven estaba impotente por ser culpado por algo que

ni recuerda y culpa rotundamente a sus padres

maltratadores en su cabeza.

Con un papel arrugado y un bolígrafo en mano escribió,

“no soy un pintor, tampoco un actor y mucho menos un

escritor, pero se que no pediré perdón” terminé la nota y
la puse en frente de su psicólogo en silencio selectivo.
El se llevaría todo sus pesares y martirios mentales a la
tumba con tal de presentárselos a Pablo Neruda en el
cielo para que escribiera un poema nuevo.

*--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y
ficción--. -Texto escrito por Bella*